

# Los idus de Arrufat

## I

Ha ido envejeciendo lentamente, y sus contemporáneos estarán envidiándole el ser, ahora mismo, el autor más respetado de esa generación, la de los años 50, que tuvo entre sus osadías la de pretender negar a Orígenes, y todo lo que a ese grupo perteneciese. Ha escrito libros de poemas, relatos, piezas teatrales, dos novelas, numerosos ensayos dispersos, crónicas memorables. Fundó revistas, ganó concursos, exhumó a figuras literarias del siglo XIX, compuso antologías (una de ellas recopila guarachas cubanas), estudió el teatro bufo con la persistencia y parsimonia que le son caras, y que se dirían extrañas en un hijo de Santiago de Cuba, donde nació en un 1935 tan cercano y tan remoto. Es ya un escritor del siglo pasado. Los jóvenes de este país lo miramos desde esa perspectiva engañosa que, paradojas de la vida, compartimos con él, con su prosa educada, con la elegancia de sus ritmos, con su voz que convierte esos poemas suyos tan breves, en letanías punzantes y nemorosas. Soy uno de los jóvenes escritores de este país donde se le honra y donde se le quiso borrar no hace mucho. Hoy, afortunadamente, estoy entre los testigos de su rehabilitación, del ensayo de restitución, frase que tanto me gusta, frase que aprendí en Octavio Paz —del cual es centro y protagonista. No pude estar, no hubiera querido aparecer, entre los testigos de la sombría desaparición que padeció Antón Arrufat a partir de 1968 y que se prolongaría hasta principios de los 80. Pero me hubiera gustado conocer a ese hombre, al Antón Arrufat de esa época, condenado a los últimos recodos de la biblioteca de Marianao, donde no podía recibir llamadas ni visitas, donde escribió las interminables páginas de *La caja está cerrada*. Me hubiera gustado, insisto, haber sido su amigo desde entonces, y no serlo, simplemente, desde unos años hasta acá, en los cuales muchos de quienes le dieron la espalda han vuelto a saludarle, a dirigirle palabras que él escuchará con el educado recelo de quien ha visto y sabe demasiado. Qué conversaciones hubiéramos tenido en esas escaramuzas de una época gris y epidérmica. Qué tardes hubiéramos compartido en esta ciudad a la

que, como Lezama, ha terminado mitificando en páginas que, dentro de otros cien años, los habaneros de ese tiempo aún inasible leerán con el mismo gusto con el cual leemos hoy las páginas de tantos escritores muertos.

## II

Acaba de editarse en Cuba, por vez primera desde aquel fatídico 1968, *Los siete contra Tebas*. Alrededor de esa obra nimbada por un aura de incompreensión y mezquindades múltiples, ha ido sucediéndose una claridad que el propio Antón ha querido propiciarnos. Dialogando sobre ella en entrevistas o mesas redondas, ansioso de un diálogo que le permita borrar la calidad fantasmal de un texto que ya nos exige lecturas reposadas y no vacías de la propia belleza literaria de sus parlamentos, ha sugerido la posibilidad que, definitivamente, esta edición representa. El sello Alarcos, de la nueva época de la revista *Tablas*, se ha encargado del suceso editorial. Me ha tocado en suerte ser el editor y prologuista del volumen. No sé ahora mismo cuál será la resonancia de todo esto, si se me colgará el gozoso sambenito, a partir de ahora, de especialista en la obra de Arrufat. Preferiría que no ocurriera así, que se leyera ese prólogo y mi fervor como editor desde el respeto que Antón se ha ganado al persistir, indoblegablemente, no sólo en la Literatura, sino en la propia manera de saberse en Cuba y cubano. «Lo cubano en mi teatro soy yo», afirmó alguna vez categóricamente. Esa frase pudo ser leída con malicia y desazón durante un tiempo. Hoy la leemos para reconocernos en el espejo de una libertad individual que cubre toda su escritura: páginas donde el Amor, la Muerte y el Tiempo, como en un grabado de Dürero, son alegorías recurrentes, figuraciones de un retablo imposible.

Cómo empezamos a leer a Antón los que todavía nos consideramos jóvenes. Acaso toda la culpa sea suya, en tanto su propia presencia en nuestras lecturas, nuestros recitales, nuestras presentaciones de libros, o sus exigencias para que acudiéramos a las páginas de autores casi desconocidos, fueron brindándole ese caprichoso *status*. Nadie lo ha bautizado como tal, ni él mismo se precia de serlo, pero al menos en La Habana su paso despierta admiración, cautela, ansiedades inconfesables. Ha de estar gozando todo esto, amante como es de la intriga y la literatura, de los efectos teatrales y del chisme nacional, mientras escribe cada vez mejores poemas y sus prosas breves mixturadas con desenfado y osadía fuentes narrativas y poéticas, en un juego deconstrutor de sí mismo que ha arrancado elogios a los fanáticos del *post boom* y esa enfermiza postmodernidad que en Cuba sigue mereciendo extáticos adeptos. «Usted se ha construido un mundo aparte», le dijo alguna vez el ya difunto Salvador Redonet. Pero ése es un mundo que no cerró sus puertas, y que más allá de la prosodia y de un estilo que ninguno de nosotros podría repetir, sigue asomado como el propio Antón Arrufat a la calle de sus mediodías. Estará leyendo, hasta su muerte, libros de jóvenes autores. Los recibirá y despedirá con frases mordaces e imprescindibles. Ha pagado el precio de su sinceridad en no pocas, acaso en muchas, ocasiones. Esa es también su lección, su legado de persistencia.

### III

Hay un número telefónico que voy a tener en mi mente hasta que desaparezca. Y aún cuando desaparezca el dueño de ese número, de esos seis pobres dígitos que gusto de recordar, estarán acompañándome. En los días de calor, de habanero desasosiego, cuando me sea necesario recuperar un verso de Casal o una fecha crucial en el paso de Fanny Elssler por esta Isla, sé que me bastará con marcar esa cifra y saludar a la voz que me responde del otro lado con una frase que sólo para él repito, provocador y adulator de su lucidez. «¿Cómo está el escritor más vivo de Cuba?», digo, y oigo su voz dispuesta a hacerme saltar con una broma, un chiste, una cita, una confesión. Acaban de concederle el Premio Nacional de Literatura, tras años de espera en los que otros, de menor obra y de menor resonancia en esa zona de la literatura nacional a la que pertenece, gozaron de esos laureles. Él ha sabido esperar por ese galardón. Él ha sabido esperar siempre. Cerradas las puertas, tapiadas las ventanas, como en el célebre poema cavafiano, ha mantenido latente la seguridad de que algún día se derribarían esos muros tebanos y que una mano tocaría a su puerta con el pretexto de la restitución. Al resentimiento y rencor que consume a otros, ha respondido con una obra creciente y progresiva, con libros que amplifican lo que antes del silencio en que se le hundió ya su nombre era. Y su fe en la Literatura ha borrado las normas de la concesión (cultural, política, diplomática, la que se quiera), hasta mantener intacta la altura, breve o incisiva, de una obra que podremos seguir leyendo en un futuro que ya está aquí, ya es realidad entre nosotros. Su lección es esa fe y esa persistencia. Lo aprendió en su guía, Virgilio Piñera, de quien nos anuncia una cuidada edición de sus obras completas. Lo aprendió en Lezama, en Dulce María Loynaz; autores que frecuentó y sobre los cuales ha dejado valiosas páginas. Lo aprendió en la maldita circunstancia de una Isla rodeada de ciclones y cantos de un verano en el cual podemos seguir marcando ese número, leyendo esos libros, hablando con él en un teatro, un cine, una biblioteca, una librería, un patio colonial, una plaza húmeda, mientras el mar salta sobre el muro centenario. Qué gusto entonces leerlo, saberlo cercano. Qué gusto repetir, medio en broma, medio en serio, en éstos, sus idus: «¿Cómo está el escritor más vivo de Cuba?».